







ARS BREVIS

**ATALANTA**

138



# PODER DEL SUEÑO

RELATOS ANTIGUOS Y MODERNOS

ZUO QIUMING, LIEZI, ZHUANGZI, SHEN JIJI,  
LI GONGZUO, BO XINGJIAN, SHEN YAZHI,  
SU SHI, PU SONGLING, CAO XUEQIN, APULEYO,  
MÉRIMÉE, POE, GAUTIER, BIERCE, GJALSKI,  
LORRAIN, KIPLING, WELLS, ONIONS,  
SOMERSET MAUGHAM, SCHULZ, NABOKOV,  
GOLDING, KUTTNER Y MOORE, LEVINSON,  
BORGES, CORTÁZAR, GROETHUYSEN

EDICIÓN Y PRÓLOGO  
ROGER CAILLOIS



ATALANTA

2020

En cubierta: *Escena de una bacanal*, Richard Dadd, 1862,  
colección privada en préstamo a la Tate Britain

En guardas: *Mr Scott con un espíritu*, Staveley Bulford,  
y *Mr Bird con un espíritu*, Staveley Bulford y Mr Scott,  
1921, fotografía de gelatina de plata, The College  
of Psychic Studies, Londres

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o  
transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar  
o escanear algún fragmento  
de esta obra.

*Todos los derechos reservados*

© Roger Caillois, 1962

«La visita al museo», de *The Stories of Vladimir Nabokov*  
© 1995, 2002, 2006, 2007 Dmitri Nabokov. All rights reserved.

© Editorial Anagrama S. A., 2018

«Lejana», de *Bestiario*

© Sucesión de Julio Cortázar, 1951

«Everything and nothing», de *El hacedor*

© María Kodama, 1995, 1996

«El sueño violado», de *La pálida rosa de Soho*

© Luisa Valenzuela, 2020

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

[atalantaweb.com](http://atalantaweb.com)

ISBN: 978-84-120743-8-3

Depósito Legal: GI 206-2020

## Índice

### Prólogo

13

Advertencia

48

### Dialécticas chinas

Zuo Qiuming

*El sueño del duque de Jin*

53

Liezi

*I. El rey Mu de Zhou*

55

*II. Geografía de la vigilia y del sueño*

58

*III. Yin el rico y su criado*

60

*IV. Proceso por un ciervo*

61

Zhuangzi

*El filósofo-mariposa*

63

Shen Jiji

*El sueño en el interior de la almohada*

64

Li Gongzuo  
El gobernador de la Rama del Sur

74

Bo Xingjian  
*El dicho de los tres sueños*

93

Shen Yazhi  
*El poema dejado en prenda*

99

Su Shi  
*Segundo paseo al Acantilado Rojo*

102

Pu Songling

*I. El fresco*

105

*II. El letrado de Fengyang*

110

*III. Wu Qinyue*

115

Cao Xueqin  
*Sueño infinito (cíclico) de Baoyu*

124

### **El sueño en la literatura**

Apuleyo

*El relato de Aristomenes*

129

Anónimo

*Los jardines de Alamut  
o cómo se volvía uno asesino*

141

Prosper Mérimée

*Visión de Carlos XI*

145

Edgar Allan Poe  
*Historia de las Montañas Escarpadas*

155

Théophile Gautier  
*La muerta enamorada*

170

Ambrose Bierce  
*Un incidente en el puente del Owl Creek*

208

Ksaver Šandor Gjalski  
*El sueño del doctor Mišić*

221

Jean Lorrain  
*Los agujeros de la máscara*

257

Rudyard Kipling  
*El chico de los matojos*

266

H. G. Wells  
*La puerta del muro*

310

Oliver Onions  
*Phantas*

333

W. Somerset Maugham  
*Lord Mounddrago*

356

Bruno Schulz  
*Las tiendas de color canela*

387

Vladimir Nabokov  
*La visita al museo*

400

Louis Golding

*El camión azul cielo*

414

Henry Kuttner y C. L. Moore

*Un atónito estupor*

427

Luisa Mercedes Levinson

*El sueño violado*

441

Jorge Luis Borges

*Everything and nothing*

444

Julio Cortázar

*Lejana*

447

### **Conclusión**

Bernard Groethuysen

*Epistemología del sueño*

459

## **Poder del sueño**

## Prólogo

Traducción de Mauro Armiño

Dos clases de problemas relativos a los sueños han llamado desde siempre la atención de los hombres. Éstos se han preguntado, por un lado, qué podían significar los sueños; por otro, qué relaciones guardaban con el mundo de la vigilia o, si se quiere, qué grado de realidad convenía atribuirles.

Desde la más alta antigüedad las imágenes de los sueños han parecido ocultar un sentido a la vez misterioso y accesible, que un intérprete competente debía ser capaz de elucidar. De ahí las innumerables «claves de sueños», léxicos destinados a descifrar sus mensajes insólitos y desconcertantes. El antiguo Egipto proporcionó una de esas recopilaciones, que se remonta a la XII dinastía, es decir, al segundo milenio a.C. En la India, entre los tratados versificados (*pariśiṣṭa*) que completan el *Atharvaveda* y que se datan por lo general en el siglo V a.C., el 68.º se titula «Tratado de los sueños». Se apoya en uno anterior que lleva el mismo título y cataloga los presagios ocultos bajo los acontecimientos percibidos en sueños. A. L. Oppenheim ha publicado y tra-

ducido una clave de sueños neobabilónica descubierta en Nínive, en el conjunto de tablillas conocido con el nombre de Biblioteca de Asurbanipal (669-626 a.C.). La de Artemidoro de Daldis fue a menudo reeditada y adaptada. Esta literatura es extrañamente monótona.

Un sueño es torrencial, confuso, inextricable. Por necesidad, las claves de los sueños retienen un acto aislado, un elemento único. Enseguida se convierten en letanías interminables. De la clave babilónica, al azar: «Si come carne de oso, rebelión; si come carne de mono, hará forzosamente adquisiciones; si come carne conocida, paz de espíritu; si come asfalto, pesadumbre; si come nafta, espíritu inquieto...». Y así indefinidamente. Luego vienen otras enumeraciones: «Si le dan..., si corta..., si toma..., si lleva...». Una vez admitido el principio, ¿por qué detenerse?

Las otras claves –a través de latitudes y siglos– apenas se apartan, ni por la inspiración ni por la presentación, de una tradición que se diría inmutable. Doy de ellas un segundo y último ejemplo extraído de la *Suśruta sambitā* (la India, antes del siglo IV d.C.) por ser el que más difiere de las claves de sueños de venta ambulante, como, aunque esté sacado de una obra médica, las tablas de concordancia del psicoanálisis:

#### SUEÑOS QUE PRESAGIAN LA MUERTE

Hablaré de los sueños en relación con la muerte y la salud; de los sueños que tienen tanto los amigos del enfermo como el enfermo mismo. Aquel que, con el cuerpo frotado con aceite, se dirige al sur con elefantes, animales de presa, burros, jabalíes o búfalos,

aqueel al que una mujer negra, vestida de rojo, burlona, desgreñada, animada, arrastra, atado hacia el sur,

aquel al que sus compañeros atraen hacia el sur o al que unos muertos rodean cuando da un paseo,

aquel también que es bruscamente agarrado por gentes de cara mutilada y pies de perro, aquel que toma miel o bebe aceite, aquel que se sienta en un cenagal o que, con el cuerpo manchado de barro, gesticula o se ríe a carcajadas,

aquel que, sin ropa, lleva sobre la cabeza una guirnalda roja, o aquel fuera del vientre de quien lleva junco, bambú o palmera,

aquel al que un pez devora o el hombre que penetra en su madre, aquel que cae desde lo alto de una montaña o en un barranco tenebroso,

aquel que es arrastrado por un torrente de agua, que pierde su cordón brahmánico, que es rodeado y maniatado por cuervos u otras aves agoreras, todos estos están perdidos.

El que ve caer las estrellas y los demás astros, apagarse una lámpara o arrancar un ojo; el que ve temblar las imágenes de las divinidades o el suelo,

el que vomita, el que es purgado o aquel cuyos dientes se caen, el que trepa a un algodonero o a algún otro árbol en plena floración,<sup>1</sup> aquel que sube a un hormiguero, una pira funeraria o un poste sacrificial,

el que recibe o come algodón, tortas de aceite, hierro, sal, sésamo, alimento cocido o que bebe alcohol, todos estos, si gozan de buena salud caerán enfermos, o, enfermos, morirán.

En estas materias, el espíritu humano aparece como extrañamente conservador. Supongo que es por necesidad. En efecto, el problema inherente a la naturaleza humana

1. El texto lleva aquí los nombres sánscritos de *Butea frondosa*, *Erythrina fulgens* y *Bauhinia variegata*. Está sacado de *Sources Orientales* II, «Les songes et leur interprétation», Seuil, París, 1959, págs. 223-224. [Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de Roger Caillouis.]

apenas es susceptible de modificaciones. No hay nada, ni absurdo, ni milagro, ni contradicción, con lo que no se pueda soñar, y está prácticamente descartado que la menor proporción de esos prodigios termine por realizarse. Se precisa por tanto que el exégeta reduzca su multitud infinita al pequeño número de acontecimientos que es casi seguro que ocurran a cada uno en el curso de su breve existencia: un encuentro, una enfermedad, una ganancia o una pérdida, el fracaso o el éxito, en última instancia la fortuna o la ruina, un viaje, un amor; sin contar lo inevitable por excelencia, la muerte. Toda ciencia adivinatoria, quiromancia, astrología o cualquier otra que se imagine, no menos que la interpretación de los sueños, está obligada a pasar por esta estrecha puerta: reducir innumerables datos cuya fantasía nada limita a la docena de vicisitudes con las que cada hombre se cruza casi obligatoriamente en su vida. La receta no puede dejar de tener éxito. Porque cada cual, a la primera confianza, queda deslumbrado por el exégeta que ha sabido leer en un desalentador enigma el anuncio de un golpe de suerte que aparentemente nada –salvo, es cierto, la simple estadística– permitía prever. En todo caso, es un hecho que desde hace unos cuatro mil años las listas de correspondencias entre las imágenes de los sueños y sus significaciones no han cesado de conocer un éxito enorme. En nuestros días, bajo una forma muy moderada y con la ayuda de un vocabulario científico, las interpretaciones del psicoanálisis continúan la tradición y responden a la misma necesidad inmemorial.

En la Biblia abundan los sueños, que los profetas explican. Por ejemplo, los sueños de Nabucodonosor o de Faraón. En la literatura posbíblica se abre paso la idea de que en sí mismo el sueño es indiferente, que es la interpretación lo que cuenta, que es presagio eficiente, eficaz, y fuerza la

realidad. «Veinticuatro intérpretes de sueños estaban afincados en Jerusalén. Me ocurrió que tuve un sueño y visité a todos los intérpretes. Cada uno me dio una interpretación distinta y todas se cumplieron en mí, de acuerdo con lo que está dicho: el sueño sigue la boca que lo interpreta.»<sup>2</sup> Relatos ejemplares demuestran la verdad de la doctrina e indican el fundamento teológico.

#### SUEÑO DEL GRANERO DESTRUIDO

Una mujer fue en busca de rabí Eliézer y le dijo: «He visto en sueños que el granero de mi casa se abría con una grieta». Él respondió: «Concebirás un hijo». Ella se fue, y eso es lo que ocurrió. Soñó de nuevo el mismo sueño y se lo contó a rabí Eliézer, que le dio la misma interpretación. Soñó el mismo sueño una tercera vez y fue en busca de rabí Eliézer. Al no encontrarlo, dijo a sus discípulos: «He visto en sueños que el granero de mi casa se abría con una grieta». Ellos le respondieron: «Enterrarás a tu marido». Y fue lo que ocurrió. Rabí Eliézer, sorprendido ante los lamentos, se informó de lo que iba mal. Sus discípulos le contaron lo sucedido. Él exclamó: «¡Desgraciados! ¡Habéis matado a ese hombre! ¿Acaso no está escrito: *Como él nos lo explicó, así fue* (Génesis 41, 13)?

Y rabí Yojanán concluye: todo sueño no vale sino por la interpretación que se le da.<sup>3</sup>

De hecho, si las imágenes incoherentes y fugaces de los sueños se realizaran, habría que suponer que pueden anunciar o forzar el imprevisible futuro. Si, por el contrario, son

2. Berajot 55b. Véase Georges Levitte y Guy Casaril, «Les rêves et leurs interprétations dans les textes post-bibliques», en *Évidences*, núm. 82 (marzo de 1960), págs. 18-28.

3. Midrash, Génesis Rabá LXXXIX, 8. Levitte y Casaril, *op. cit.*, pág. 20.

las interpretaciones de los exégetas las que se realizan, basta recordar para admitirlo y comprenderlo que los hombres son crédulos e influenciables; y, además, vanidosos, porque es halagüeño imaginarse a uno mismo objeto de una profecía o de una advertencia sobrenatural. Es verosímil que, en nuestros días, las revelaciones del psicoanálisis, por razones parecidas, se beneficien de un privilegio idéntico y se impongan de igual modo a los consultantes.

La segunda especie de problemas es relativa a las interferencias de la vigilia y del sueño, a su oposición, a su jerarquía, a su posible complicidad. Uno se pregunta entonces no por el significado de las imágenes del sueño, sino por el del hecho mismo de soñar. El mundo del sueño es un universo distinto: ¿es más real, igual de real, menos real que el de la vigilia?

Por otro lado, ¿quién actúa en el sueño? La personalidad del durmiente es usurpada por un doble al que ve vivir fuera de su control, con total independencia, pero de una forma que no debe dejar de comprometerlo en cierto grado. A veces, este actor lo sustituye, lo prolonga, comparte sus preocupaciones, sus manías, sus codicias, a veces lo desconcierta y lo deja estupefacto. En ocasiones se siente en la piel de su sosias nocturno. Percibe por los ojos de éste o toca con sus manos a los demás personajes del sueño. Otras, mira cómo evoluciona su reflejo entre ellos, y sigue estremecido o, por el contrario, con indiferencia unos gestos que se ejecutan al margen de él, como en un escenario o en una pantalla, o al otro lado de un espejo.

En tercer lugar, ¿es posible traer del mundo de los sueños un objeto o una cicatriz, un estigma o una prenda que garantice su realidad, algo pesado y tangible que, una vez

disipada la fantasmagoría, subsista para atestiguar la existencia irrecusable del mundo en que se introdujo?

Alguien en un sueño se despierta, o más bien cree despertarse, pero sigue soñando y está destinado a un próximo despertar, tal vez verdadero, tal vez igual de ilusorio que el primero, de suerte que es vehiculado de sueño en sueño, de despertar en despertar, sin estar nunca seguro de haber alcanzado el verdadero despertar, el que lo devuelve al mundo de la realidad.

El universo de la vida cotidiana se presenta a veces como una simple duplicación del mundo de los sueños. El durmiente que accede al mundo de las imágenes verídicas, premonitorias, ve desarrollarse en ellas unos acontecimientos que la realidad pronto se ve obligada a reproducir o a imitar. El mundo de la vigilia, tras un plazo más o menos largo, obedece, sigue, se conforma. Repite fielmente, de forma inexplicable, inevitable, implacable, las escenas percibidas en el curso de los sueños, como si sólo existieran las imágenes aplazadas, apareciendo sin prisa pero obligatoriamente sobre una superficie reflectante tardía y vanamente rebelde. A veces ha habido que esperar tanto tiempo que el sueño casi estaba olvidado. La realidad parecía incluso alejarse definitivamente, y de repente, en el momento más inesperado, todo se ensambla, se ordena y resucita en los menores detalles, pero esta vez *de verdad*, el episodio antes revelado en un universo fantasmagórico.

Nada más personal que un sueño, nada que encierre más a un ser en la soledad irremediable, nada más reactivo a ser compartido. En la realidad, todo es experimentado en común. El sueño, por el contrario, es una aventura que el soñador ha vivido solo y del que únicamente él puede acordarse: mundo estanco, impermeable, que excluye la menor comprobación. De ahí la tentación de imaginar a dos o a va-

rias personas, o incluso a una multitud, soñando el mismo sueño, o sueños paralelos, o sueños complementarios. Entonces los sueños se corroboran, se ajustan como piezas de un puzle, adquieren así la misma densidad, la misma estabilidad que las percepciones de la vigilia, son verificables como éstas, mejor que éstas, crean vínculos entre los seres, unos vínculos extraños, secretos y estrechos, decisivos.

Por último, dado que en todo momento del sueño el durmiente no sabe que sueña e incluso está convencido de estar despierto, es evidente que no hay ningún momento en el que quien se cree despierto no deba dejar subsistir en él la sospecha de que tal vez está soñando.

Hay ahí elementos de una problemática que inquietó, desde muy pronto, a sutiles espíritus. Las creencias religiosas inclinan la mayoría de las veces a pensar que el sueño da acceso al mundo divino. En un papiro del siglo IV a.C., el faraón Nectanebo asiste en sueños a una escena en el curso de la cual el dios Onuris se queja a Isis de que su templo está inacabado. Nectanebo ordena una investigación y se entera de que las inscripciones del santuario aún no están grabadas. Manda buscar al mejor escultor de jeroglíficos y le encarga terminar el trabajo en el más breve plazo. Artemidoro (I, 1) menciona sueños que llama «políticos» y que son los que tienen la misma noche todos los habitantes de una villa sobre sucesos que conciernen a la ciudad. El Talmud de Babilonia (Taanit 21b) alude a esos mismos sueños. En Mesopotamia, Asurbanipal cuenta:

#### SUEÑO DE ASURBANIPAL

El ejército vio el río Idid'e, un torrente mugiente, y temió atravesarlo. La diosa Ishtar, que vive en Arbela, envió en mitad de la noche un sueño a mi ejército y le dijo: «¡Yo marcharé de-

lante de Asurbanipal, el rey al que yo he creado!».

El ejército creyó en este sueño y cruzó el río sin contratiempo.<sup>4</sup>

El sueño queda autenticado porque ha sido visto simultáneamente por un gran número de durmientes. Y puede serlo también si la revelación que aporta es reconocida como exacta, es decir, si la realidad confirma el mensaje del sueño, como ocurre en el ejemplo siguiente, referido por Plutarco y por Tácito:<sup>5</sup>

#### SUEÑO DE PTOLOMEO

Ptolomeo Sóter vio en sueños el coloso del dios Plutón que se encuentra en Sinope, pero como nunca había visto esa estatua no la reconoció; ésta le ordenaba transportarla lo más deprisa posible a Alejandría. No sabiendo ni lo que ella representaba ni dónde se hallaba, el rey habló de su visión a sus amigos; éstos dieron entre ellos con uno llamado Sosibios que había viajado mucho y que dijo haber visto en Sinope un coloso semejante al que se le había aparecido al rey en sueños. Ptolomeo envió allí a Soteles y a Dioniso, quienes, después de mucho tiempo y dificultades, y no sin la ayuda divina, se apoderaron de él y lo transportaron (a Alejandría). Llegado a su destino fue examinado, y los sabios del entorno de Timoteo el exégeta y de Manetón de Sebennitos convinieron en decir que era la imagen de Plutón, de acuerdo con la presencia de Cerbero y la serpiente sobre la estatua; persuadieron a Ptolomeo de que era la estatua del dios Serapis y no de ningún otro.

4. Citado en A. L. Oppenheim, *Le rêve et son interprétation dans le Proche-Orient ancien*, Horizons de France, París, 1959, pág. 99.

5. Plutarco, *De Isis y Osiris* 28; Tácito, *Historias* IV, 83-84. Véase Oppenheim, *op. cit.*, pág. 99.

La antigüedad clásica conoce una prueba más convincente todavía de la veracidad de un sueño: la prenda recibida en sueños y que el durmiente encuentra a su lado al despertar. En Píndaro, Belerofonte sueña que Palas le hace entrega de un bocado mágico, parecido a una diadema de oro, con cuya ayuda podrá domar a Pegaso. Se despierta y toma enseguida el objeto *de más* que no es de este mundo y que una divinidad ha depositado junto a él.<sup>6</sup> El tema es frecuente sobre todo en la antigua literatura nórdica.

A veces, de forma más sutil, la prueba dejada por el sueño desvanecido no es material sino, como él, volátil, inasequible, ambigua. En un breve relato chino, el joven Liu de Pengzheng sueña que va a una casa pública donde se emborracha con las cortesanas. Cada sueño lo devuelve al mismo lugar de libertinaje. Sin embargo, se pregunta si se trata realmente de sueños, pues los perfumes de las mujeres siguen impregnando sus ropas al despertar.<sup>7</sup>

Otras veces el sueño precede a la realidad. La anuncia o la prefigura con una exactitud sobrenatural. Es insistente y minucioso, y la realidad, más tarde, dócil, servil: repetición alucinante del sueño anterior. De este nuevo tema daré dos ejemplos, uno antiguo y otro moderno, que tienen la particularidad, ambos, de ser presentados como auténticos. Todo los separa: los siglos, la distancia, la diferencia de las tradiciones y de las culturas. Sin embargo, cada uno afirma de la misma manera que la vida, llegado el caso, no hace más que reproducir las visiones de los sueños, ofreciendo de ellas un reflejo diferido, si no oscurecido. El primer relato está sacado de una memoria china que recoge hechos extraños que

6. Píndaro, *Olímpicas* XIII, 65 y sigs.

7. «Mong Yeu-lu» [Mengyou lu], cap. 6, en *T'ang Kien Wen Tse* [*Tang Jian Wen Ze*], Éditions Universitaires, París, 1957, pág. 262.

supuestamente ocurrieron bajo los Tang. Se establece que un joven literato llamado Liu Daoji se detuvo, hacia el año 899, en el monasterio de Guojing, en el monte Tiantai. Soñó con una muchacha en un jardín, bajo una ventana, cerca de un ciprés inclinado, rodeado de girasoles. Soñó que juntos celebraban los ritos del matrimonio y a menudo se encontró con ella, siempre en sueños. Pasó el tiempo. Un día, en otro monasterio, el joven reconoció el jardín, la ventana, el ciprés y los girasoles. Había allí un huésped de paso cuya pobre hija, bella y libre, había caído enferma recientemente. Era la muchacha con la que el literato se había casado y a la que solía visitar en sueños.<sup>8</sup>

Un juez de paz de Middletown, en el estado de Nueva York, llamado J. O. Austin, cuenta el 25 de junio de 1901 una aventura sorprendente que le ocurrió en su juventud. Camille Flammarion recoge ese testimonio sin pestañear e incluso con respeto. Es más, sustituye escrupulosamente a otro relato que había insertado en la primera edición de su obra y cuyo autor, Alexandre Bérard, le había advertido durante ese tiempo que era puramente novelesco.

SUEÑO DEL MAESTRO DE ESCUELA  
NORTEAMERICANO

«Yo tenía más o menos veinte años y dirigía una escuela pública. Absorto en mis deberes, éstos ocupaban mis pensamientos de noche cuando soñaba tanto como de día durante mis horas de trabajo. Una noche soñé que estaba en la escuela y que acababa de terminar los ejercicios de apertura cuando oí golpes en la puerta. Abro la puerta y veo a un señor con dos chiquillos, una niña de once años y un chico de ocho. Ese

8. «Mong Yeu-lu» [Mengyou lu], *op. cit.*

visitante entra y me explica que, a consecuencia de la guerra de Secesión, ha abandonado su casa de Nueva Orleans para traer a su familia al distrito de mi escuela. Su deseo era confiar sus hijos a mis cuidados, para su educación e instrucción. Me preguntó entonces qué libros se necesitaban, le di una lista y se la llevó. Al día siguiente los niños eran recibidos entre mis alumnos.»

El sueño se detuvo ahí. Pero me impresionó vivamente, y la imagen de ese padre y de esos dos hijos se fotografió con tanta fuerza en mi mente que los habría reconocido en cualquier parte entre la población de París o de Londres.

Cuál no fue mi asombro cuando al día siguiente de ese sueño oí llamar a la puerta con los mismos golpes oídos en el sueño, fui a abrir y vi delante de mí a ese visitante con sus dos hijos. El resto siguió igual: mantuvimos la misma conversación del sueño.

Añadiré que aquel hombre era absolutamente desconocido para mí. Nueva Orleans está a 1.350 millas, es decir, a más de 2.000 kilómetros de aquí, y yo nunca me había alejado más de 100 millas, o 160 kilómetros, de mi casa.<sup>9</sup>

En ocasiones ocurre que un sueño es soñado, contado e interpretado en sueños. Una estela (porque hasta las visiones más fugaces se graban en la piedra imperecedera) cuenta un sueño del rey Nabonides (r. 556-539 a.C.). El monarca ve en sueños una conjunción de astros que lo inquieta. Pero un hombre se alza a su lado y le dice: «La conjunción no encierra malos presagios». Luego, siempre en el mismo sueño, una vez precisada la inscripción, se le aparece Nabucodonosor acompañado por un sirviente. El sirviente le dice a

9. Camille Flammarion, *L'inconnu et les problèmes psychiques*, Flammarion, París, 2.<sup>a</sup> ed., 1929, t. II, págs. 520-521.

Nabucodonosor: «Hablad a Nabonides, para que pueda contaros el sueño que ha tenido». Nabucodonosor ordena entonces a Nabonides que le cuente su sueño. Nabonides así lo hace. Sin duda, su real predecesor interpretaba después la visión. Pero la estela está dañada en ese lugar.

El caso de un cuento contado e interpretado en el mismo sueño está previsto en el Talmud (Berajot 55b). También se menciona en el *Libro de los sueños* de la Biblioteca de Asurbanipal: «Si tiene un sueño en el interior de un sueño y (en el sueño) refiere su sueño...».

La India antigua conoce el misterio de los sueños paralelos que amenazan a dos seres que ignoran una futura comunidad de destino. En el *Kathāsaritsāgara* (Océano de los ríos de cuentos), un autor del siglo XII, Somadeva, cuenta cómo el rey Vikramāditya ve en sueños, en una región desconocida, a una joven de la que se enamora. Está soñando que la abraza cuando el vigilante nocturno interrumpe su felicidad. Al mismo tiempo, en un país lejano, la princesa Malayavatī, a la que le horrorizan los hombres, ve en sueños a un gran personaje saliendo de un monasterio. Se casan y ella disfruta con él de las alegrías del amor en la noche de bodas cuando su doncella la despierta. Después de numerosas peripecias, los dos héroes se encuentran, se reconocen y se unen en la realidad como hicieron antes en el sueño.

Los sueños complementarios presentan un grado de complejidad más elevado. Ya no se trata de una simetría simple, sino de una relación más delicada, que hace que un segundo sueño constituya la clave del primero. El ejemplo más sobrecogedor tal vez se encuentra en *Las mil y una noches*.

HISTORIA DE LOS DOS QUE SOÑARON

Se cuenta que un hombre de Bagdad, muy rico y acomodado, perdió su fortuna hasta el punto de que no le quedó nada y hubo de ganarse el sustento con grandes apuros. Durmiendo una noche, en medio de su pena y su amargura, tuvo una visión en que alguien le decía: «La suerte te aguarda en El Cairo. ¡Anda a buscarla!». Se fue, pues, a la ciudad mencionada. Llegó allí de noche y la pasó en la mezquita. Cerca de ésta había una casa. Alá decretó que una partida de ladrones entrara en el recinto sagrado para penetrar en la casa. Sus habitantes se despertaron y rompieron a gritar, de modo que acudió el valí con sus hombres. Huyeron los malhechores, los guardias entraron en la mezquita, encontraron dormido al bagdadí y le dieron tantos palos que estuvo a punto de exhalar el último suspiro. Le tuvieron encarcelado tres días, al cabo de los cuales el valí le hizo comparecer.

—¿De qué tierra eres? —le interrogó.

—De Bagdad.

—¿Por qué viniste a El Cairo?

—Tuve un sueño en el que alguien me decía: «La suerte te aguarda en El Cairo. ¡Ponte en camino!». Una vez que llegué a esta ciudad, encontré la suerte prometida en los garrotazos que ordenaste que me dieran.

El valí se rió hasta enseñar las muelas.

—¡Necio! —exclamó—. Yo he visto tres veces en sueños a una persona que me aseguraba: «En tal calle de Bagdad hay una casa de estas y aquellas señas; en su patio hay un jardín, en el fondo del jardín hay un estanque, y debajo del estanque hay una gran cantidad de dinero. ¡Ve a buscarlo!». Pero no me he movido de aquí; tú, en cambio, necio, por un sueño vano que tuviste has ido de una tierra a otra. —Y le entregó unas monedas, diciéndole—: Empléalas en regresar a tu país.

[...]

El bagdadí aceptó el dinero y volvió a su ciudad natal. La casa descrita por el valí era precisamente la suya. En cuanto estuvo en ella, cavó debajo del estanque y descubrió una suma considerable de dinero. De esta forma Alá le concedió la riqueza. ¡He aquí un suceso maravilloso!<sup>10</sup>

Un cuento popular hasídico procura una versión menos elaborada del mismo relato:

#### OTROS DOS QUE SOÑARON

Un hombre, un día, fue a consultar al Kotzker Rebe y le preguntó si debía dejar su villa natal, donde nada le salía bien, para probar fortuna en otra parte. El Rebe le respondió contándole la historia siguiente: «Un judío de Cracovia había soñado varias veces que junto a cierto molino se ocultaba un tesoro enterrado. Una buena mañana se levantó, se dirigió al molino y empezó a cavar todo alrededor; pero en vano. El molinero le preguntó por qué cavaba de aquella manera, y el hombre se lo explicó. Entonces el molinero, muy sorprendido, contó que él mismo había soñado varias veces que en el patio de cierto hombre de Cracovia había un tesoro enterrado; y citó el nombre del hombre, que era el mismo que el de nuestro buscador del tesoro. El cracoviano regresó de inmediato a su casa, registró su patio y encontró un tesoro».<sup>11</sup>

10. *Las mil y una noches*, «351.<sup>a</sup> noche» en la traducción inglesa de Richard Burton. [Trad. esp. de Juan Antonio Gutiérrez-Larraya y Leonor Martínez: *Las mil y una noches*, 3 tomos, Atalanta, Vilaür, tomo 2, págs. 142-143. En esta edición, basada exclusivamente en la egipcia de Bulaq de 1835, el último párrafo del relato forma parte de la «352.<sup>a</sup> noche».]

11. Kotzker Maasiot 105. Véase Levitte y Casaril, *op. cit.*, pág. 27.





## Ars brevis

Los seres humanos siempre se han sentido cautivados por los sueños y por el misterioso poder que transmiten sus imágenes. El antiguo Egipto nos ha legado insólitos sumarios de fragmentos oníricos, cada uno acompañado de su puntual interpretación, que se remontan al segundo milenio a.C. Dos son las grandes perplejidades que a lo largo de los siglos han fascinado a la imaginación humana: por una parte, el significado que tienen los sueños en relación con nuestra vida y personalidad; por otra, el grado de realidad que podemos atribuirles. Por ejemplo, algunos durmientes acceden a imágenes oníricas premonitorias que luego son constatadas con toda exactitud en el mundo de la vigilia. Este dilema plantea la duda ontológica de si un sueño es igual de real que los hechos que acontecen en nuestra vida. Todas estas cuestiones gravitan sobre los textos literarios de la presente antología, que se inicia con un sugerente corpus inédito de antiguas narraciones chinas y prosigue con una notable nómina de autores occidentales tan heterogéneos como Apuleyo, Prosper Mérimée, Edgar Allan Poe, Théophile Gautier, Ambrose Bierce, Ksaver Šandor Gjalski, Jean Lorrain, Rudyard Kipling, H. G. Wells, Oliver Onions, W. Somerset Maugham, Bruno Schulz, Vladimir Nabokov, Louis Golding, Henry Kuttner y C. L. Moore, Luisa Mercedes Levinson, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Bernard Groethuysen.

Atalanta rescata esta joya bibliográfica publicada en 1962 por el Club Français du Livre bajo la tutela de Roger Caillois (1913-1978), autor de ensayos tan variados como singulares –*El mito y el hombre* (1938), *El hombre y lo sagrado* (1939), *La incertidumbre que nos dejan los sueños* (1956), *Los juegos y los hombres: la máscara y el vértigo* (1958) o *La escritura de las piedras* (1970), entre otros– y de la *Antología del cuento fantástico* (1958), una de las más celebradas del género.

